

El gran salto al abismo

La extraordinaria historia de un técnico español de la NASA
en la exploración del espacio

Jesús Sáez Carreras

Prólogo de Michael López-Alegría, astronauta de la NASA

Epílogo de Charles M. Duke, Jr., décimo hombre en pisar la Luna

N E X T —
D O O R . . .
P U B L I S H E R S

© Del Autor:
Jesús Sáez Carreras

© Next Door Publishers
Primera edición: junio 2019

ISBN: 978-84-949245-7-6

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Next Door Publishers S.L.
c/ Emilio Arrieta, 5, entlo. dcha., 31002 Pamplona
Tel: 948 206 200
E-mail: info@nextdooreditores.com
www.nextdoorpublishers.com

Impreso por Gráficas Rey
Impreso en España

Diseño de colección: Ex. Estudi
Autora del sciku: Laura Morrón
Dirección de la colección: Laura Morrón
Corrección y composición: NEMO Edición y Comunicación

Colección
El Café Cajal



*Nuestras posturas, nuestra importancia imaginaria,
la ilusión de que ocupamos una posición privilegiada en el
Universo... Todo eso es desafiado por este punto de luz pálida.*

*Nuestro planeta es una solitaria mancha en la gran y
envolvente penumbra cósmica. En nuestra oscuridad —en toda
esta vastedad—, no hay ningún indicio de que vaya a llegar
ayuda desde algún otro lugar para salvarnos de nosotros mismos.*

Carl Sagan

*A esos maravillosos soles de nuestro sistema estelar:
Estrella, Cari, Raquel, Sara, Laura, Elena y Alba*

Índice

Prólogo

13

Introducción

15

Diez 21

Nueve 25

Ocho 45

Siete 75

Seis 93

Cinco 111

Cuatro 139

Tres 169

Dos 201

Uno 223

¡Cero! 231

epílo-
go

237

agra-
deci-
mien-
tos

239

fuen-
tes

241

Prólogo

Mientras realizaba paseos espaciales en la órbita terrestre a más de 300km de altitud, he sentido muchas veces que mi vida estaba en manos de todos aquellos técnicos que desde tierra monitorizaban y ponían coherencia a nuestra actividad como astronautas. Sin embargo, a pesar de que esa extraordinaria labor ha resultado siempre esencial para el éxito de las misiones, su existencia a menudo pasa desapercibida para los medios de comunicación. Las crónicas suelen centrar su interés solo en aquellos que hemos tenido la inmensa suerte de «alcanzar las estrellas».

Historias como la de Carlos González acercan al gran público el imprescindible y complejo trabajo llevado a cabo en las «cocinas» de la exploración espacial, sin el cual nada de lo logrado hasta la fecha hubiese sido posible.

Sorprendentemente, este no es otro relato más acerca de la carrera espacial lleno de fríos datos, fechas, números y siglas. Muy al contrario, la narración desborda «alma» y emoción por los cuatro costados. El lector que se sumerja en sus páginas encontrará multitud de anécdotas desconocidas que le harán reír y sonreír. En otros momentos de su lectura, sentirá muy de cerca la dureza de tristes sucesos protagonizados por algunos de los osados y heroicos pioneros que se asomaron a la órbita terrestre.

Además, aquel que se adentre en esta fascinante historia tendrá la oportunidad de conocer cantidad de hechos curiosos que generalmente pasan desapercibidos para la gran mayoría pero que, de alguna

manera, dan pie y fundamento a los grandes acontecimientos de la exploración espacial.

Por último, pero no menos importante, este libro invita a la reflexión sobre ese tipo de cuestiones que a uno le surgen cuando contempla extasiado la sobrecogedora vastedad del universo y no encuentra forma de describir lo que le viene a la cabeza. A ese respecto, Buzz Aldrin se lamentaba: «Todo el mundo quería saber qué sentí en la Luna, pero yo era un ingeniero, no un poeta, no hallaba las palabras adecuadas».

Entre las páginas del presente relato, uno descubre que ciencia y emoción no siempre representan papeles antagónicos.

Carlos es español, nació y creció en la extrema dureza de la posguerra del conflicto civil que tantas vidas se cobró. Desde esa nada llegó a desempeñar altos puestos de responsabilidad en la NASA. Durante cuarenta y tres años de intensa vida laboral en la agencia espacial americana, fue testigo privilegiado y excepcional de acontecimientos históricos que forman parte de la epopeya espacial humana.

Todo ello es motivo más que suficiente para que esta extraordinaria y desconocida historia, que hará las delicias del lector, haya visto la luz.

Michael López-Alegría
Astronauta de la NASA desde 1992 hasta 2007
Exdirector de Operaciones de la Estación Espacial Internacional

Introducción

No hay peor agonía que llevar con nosotros una historia que no ha sido contada.

Maya Angelou

14 de abril de 2017. Los altavoces resonaban hasta en el último rincón de la abarrotada estación de Atocha anunciando la inminente salida de trenes con destinos dispares.

Aceleré el paso para llegar puntual a la cita concertada con Carlos González en aquel frío mediodía de abril.

Carlos González Pintado, un nombre muy común que no me dijo nada cuando lo oí por primera vez en un programa de radio sobre las famosas misiones Apolo. Conocí, con sorpresa, que había estado trabajando para la NASA durante cuarenta y tres años, desempeñando entre otras la labor de jefe de operaciones y subdirector del Complejo de Comunicaciones Espaciales de Robledo de Chavela, en Madrid. Desde esa enorme atalaya había sido testigo de excepción de muchos de los hitos ocurridos en todos los años que transcurrieron entre la misión lunar Apolo 7 (1968) y el lanzamiento de la sonda Juno con destino al planeta Júpiter (2011). 15

No pude evitar sentirme cautivado por el verbo fácil y amigable del invitado radiofónico que, con un peculiar estilo campechano propio de una conversación de barra de bar, relataba epopeyas protagonizadas por seres humanos, casi mitológicos, en su lucha contra

la falta de gravedad y el resto de elementos hostiles de «ahí afuera». Y sentí también que todas aquellas apasionantes historias debían ser recopiladas y conocidas en todo detalle por el gran público. Así que, armándome de valor, e inconsciente del tiempo y dedicación que tal empresa requería, contacté con el divulgador y logré concertar un encuentro para exponerle mis pretensiones.

Cuando en la cafetería acordada para la cita le estreché la mano, pensé que su aspecto no llamaba especialmente la atención. De estatura baja y barba canosa, sus pequeños ojos marrones denotaban inteligencia y profundidad a partes iguales. Ya en los primeros instantes de conversación pude apreciar que sus palabras y gestos medidos mostraban algo de sequedad y sobriedad mesetaria, pero al mismo tiempo irradiaban esa clase de grandeza que solo una mente muy bien amueblada puede transmitir.

Sentí su mirada penetrando en mi protocolaria amabilidad mientras le exponía mis argumentos sobre la obligación ineludible de dejar testimonio escrito de su participación en la exploración del espacio. Sus primeras contestaciones escuetas dejaban bien a las claras que en cualquier instante podía dar por terminada la entrevista. Sin embargo, hipnotizado por aquella enérgica voz que en tantos programas de radio había escuchado en los últimos siete meses, continué firme en mi empeño.

Salvado el primer escollo de los prolegómenos y ya sentados frente a frente con un té humeante de por medio, descubrí un ser humano con una increíble historia de superación a sus espaldas. Sus inicios estaban enmarcados en la España oscura de los años cuarenta, en el seno de una familia con pocos recursos. Tan pocos que el padre, agricultor asturiano emigrado a Madrid tras la Guerra Civil, le propuso cuando tenía catorce años recién cumplidos que se pusiera a trabajar de botones en un banco para ayudar a la maltrecha economía familiar. Pero el joven Carlos deseaba seguir estudiando.

También descubrí, con sorpresa, el papel desconocido y crucial que habían desempeñado las estaciones espaciales españolas en

aquellos primeros pasos del ser humano en la exploración del espacio. Carlos González formó parte de un excepcional equipo de españoles que, sin complejo alguno y en buena lid, fueron poco a poco «conquistando» posiciones a los americanos en los puestos técnicos y de responsabilidad de las estaciones espaciales hasta lograr su control por completo. Y aquella gesta, aquel particular paso del Rubicón, tuvo lugar en medio de un contexto político, social, educativo y económico que complicaba todo hasta la extenuación.

No pude evitar imaginar que en Estados Unidos se hubiese dado a conocer a bombo y platillo una historia como esta con una película de gran presupuesto, protagonizada por actores de primera fila, aderezada con efectos especiales mareantes y una grandiosa banda sonora de orquesta filarmónica.

Tras hora y media de entrevista, fui finalmente autorizado a emprender la aventura con la condición de que el resultado final fuera copia fiel de la realidad. Con gran alegría y no menos ilusión, inicié la tarea. En mi particular rosa de los vientos marqué el rumbo principal de la obra: dar fe y testimonio, desde una privilegiada «segunda fila», de eventos de especial relevancia en la exploración del espacio, tomando como base y fundamento la historia personal y profesional de Carlos González Pintado. Y siempre respetando el orden cronológico de los acontecimientos, ya fuesen referidos a la carrera espacial o a las vicisitudes de nuestro protagonista.

No me resignaba a que tanto las extraordinarias aventuras del técnico español como las proezas heroicas de las que fue testigo quedasen relegadas al olvido por el mero hecho de vivir en este país tan poco dado a reconocer los méritos ajenos fuera del ámbito deportivo o del entretenimiento.

Pero la de Carlos es otra liga. Junto con otros muchos españoles participó en una odisea espacial, con sus luces y sus sombras, que ha obligado al ser humano a plantearse complejas preguntas sobre su futuro y condición como especie. Y en el empeño de que esa gran his-

toria sea conocida, he intentado servir de escribano en un momento en el que aún todo está fresco en la memoria de nuestro protagonista.

La colonización del espacio por el ser humano se ha convertido en una cuestión vital. Con el presente ritmo de crecimiento demográfico, la población mundial rondará los 10000 millones de personas a mediados del siglo XXI. Ello supondrá para nuestro mundo un coste energético y de recursos naturales totalmente insostenible.

Si nosotros no tomamos decisiones, el planeta las tomará por nosotros. Y si eso ocurre, todos sabemos que no nos va a gustar lo que veremos.

Las soluciones para evitar el desastre deberán venir desde distintos medios: investigación en energías limpias e ilimitadas (como la fusión nuclear o el hidrógeno), control demográfico, erradicación de la pobreza extrema, etc. Pero nuestras miras deben ser aún más ambiciosas. El crecimiento tecnológico exponencial nos permite hoy en día empezar a soñar con un futuro no muy lejano en el que el ser humano se expanda por todo su sistema planetario e incluso más allá de sus confines... si nos concedemos el tiempo necesario de supervivencia como especie.

Al fin y al cabo, nuestra encrucijada vital no es otra que la expansión o la extinción.

En el mejor de los casos, nuestro ardiente Sol tiene una vida limitada, en torno a los 5000 millones de años, y llegará un mal día en que su conversión en gigante roja hará que no quede rastro alguno de la prodigiosa vida que hoy bulle en este rincón del universo. Si la raza humana consigue contemplar esa desintegración desde planetas que orbiten cualquier otra pacífica estrella de la Vía Láctea, significará que nuestra excepcional especie finalmente habrá logrado sobrevivir. Su destino último habrá quedado vinculado al del universo en su totalidad, no al de una simple estrella.

Por último, remontémonos a ese momento supremo de nuestra especie: el primer «gran salto». Este ocurrió hace unos ciento treinta

mil años, cuando un grupo de homínidos —que con anterioridad habían logrado andar sobre dos pies, dejando libres las manos para usar herramientas— se pusieron en marcha a través del continente africano. En unos cien mil años llegaron a colonizar todo el planeta, alcanzando incluso Oceanía.

Poseían varias «armas» que les convirtieron en la especie dominante sobre todas las demás. La más valiosa de todas fue poseer una capacidad craneal de unos 1400 cm³: ahí se desarrollaron las asombrosas habilidades del lenguaje, el pensamiento, el raciocinio, la conciencia, la autoconciencia y, como resultado de todo ello, una extraordinaria capacidad para la abstracción.

Hace cincuenta años, los genes de esos *Homo sapiens* primitivos caminaron sobre la superficie de la Luna. Pero esos genes no van a parar ahí. Llevan consigo su impenitente curiosidad, su capacidad para el riesgo y su inamovible y eterna determinación de asaltar el siguiente límite existente.

En esa odisea de la especie humana hacia la colonización del espacio, tantas veces imaginada, el primer gran paso lo dio un anónimo homínido hace muchos miles de años. El segundo y espectacular gran paso lo dio el ser humano moderno hace unos pocos años al lograr la hazaña de conquistar la aparentemente inexpugnable frontera de nuestra atmósfera terrestre. Se enfrentó a las adversas condiciones del medio estelar con la única ayuda de una tecnología muy primaria.

Fue el segundo gran salto de la humanidad, fue el gran salto al abismo.

Diez

El universo no es solo más extraño de lo que imaginamos, sino más extraño de lo que podemos imaginar.

John Haldane

Nada más acabar su turno a las doce de la noche del 20 de julio de 1969, el técnico de operaciones y mantenimiento de la NASA Carlos González comprobó cómo, tras desaparecer de su flujo sanguíneo el torrente de adrenalina, todo el cuerpo le temblaba. Poco podía hacer para evitarlo, excepto quizás cerrar los ojos e intentar respirar profunda y acompasadamente.

La inesperada reacción física le había sobrevenido tras muchas horas de tensión, sentado en el borde de una silla de escay negro, monitorizando las maniobras en la órbita lunar del módulo de mando del Apolo 11. Todos sus sentidos habían estado dirigidos a los osciloscopios y las comunicaciones con los tripulantes de la misión espacial que —tras varios sobresaltos y momentos de incertidumbre que habían llegado a provocarle sudores fríos— acababa de lograr posar una nave sobre la superficie de la Luna por primera vez en la historia.

En ese instante operaba las consolas de control desde su puesto en las instalaciones del Complejo de Comunicaciones de la NASA en Robledo de Chavela, Madrid. Junto con las otras dos estaciones existentes en Estados Unidos y Australia, formaban la Red del Espacio Profundo, dedicada las veinticuatro horas del día terrestre

al seguimiento y control, a través de enormes antenas, de los ingenios tecnológicos que estuvieran moviéndose por cualquier rincón de nuestro sistema solar.

En el Centro de Control en Houston, Texas, se tomaban las decisiones que podían suponer la diferencia entre la vida y la muerte de los tripulantes de las misiones. Y lo que Houston había decidido inmediatamente después del aterrizaje del módulo Eagle (Águila) era que Armstrong y Aldrin esperaran unas horas antes de salir a dar una vuelta por la Luna y, de paso, hacer historia, historia de la buena, historia épica.

Sintiéndose algo más tranquilo, Carlos se colocó su reloj de cuerda en la muñeca izquierda y se unió al resto de miembros del equipo, que mostraban abiertamente su alegría tras ser liberados temporalmente por Houston de la tarea de seguimiento de la misión.

Alguien había tenido la feliz idea de llevar un par de botellas de licor y brindaban por el exitoso alunizaje. Pero no había mucho tiempo para la relajación. Al día siguiente tendrían que realizar el seguimiento del despegue lunar, así que los técnicos del turno saliente se despidieron con un gesto que evidenciaba satisfacción y cansancio a partes iguales.

Carlos salió al aparcamiento exterior del edificio, donde encontró alivio por contraste con el ambiente cargado de la sala en la que había pasado las últimas horas en tensa concentración.

Aquella noche hacía mucho calor.

Con una calma impensable en él, se sacó del bolsillo del pantalón una caja de cerillas con la imagen del famoso futbolista gallego Amancio Amaro. Encendió un cigarrillo y exhaló el humo despacio. Lentamente, se quitó una hebra de tabaco que se le había quedado pegada en la comisura de los labios. Se recreó en la contemplación del luminoso cuarto creciente de la Luna en medio de la negrura del cielo. Sobre su superficie, dos hombres esperaban dentro del módulo lunar la orden de salir al exterior: su

vida, al igual que la de Carlos, quedaría marcada para siempre por aquel acontecimiento.

El espacio iba a dejar de ser el que era. Aquel inmenso tapiz negro cubierto de miles de luces que parecían latir desacompadadamente iba a tener que revelar algunos de sus secretos a una especie humana que tenía la osadía de escapar de su espectacular prisión. Miles de millones de años de continuos cambios en la Tierra, incluidos cataclismos y extinciones masivas, habían dado como resultado seres lo suficientemente evolucionados como para poner el pie en el satélite natural de su planeta.

Y ese iba a ser solamente un primer paso.

Dio una última calada, tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie. Ya totalmente tranquilo, se metió en el asiento trasero de uno de los automóviles alquilados por la NASA para el transporte de los trabajadores del complejo espacial.

El inicio del rutinario trayecto de 65 km hasta su casa, ubicada en una calle adyacente a la Casa de Campo de Madrid, estuvo salpicado por los comentarios entusiastas de los cuatro ocupantes del vehículo sobre la jornada que acababan de vivir. Pero poco a poco las voces se fueron acallando y el cansancio dio paso al silencio.

Durante el resto del viaje, Carlos apenas fue consciente del transcurso del tiempo.

Al abrigo de la oscuridad de la noche y con la mirada perdida en un cielo plagado de estrellas, sus pensamientos se sumergieron inconscientemente en el recuerdo de la increíble trayectoria que lo había llevado a formar parte de ese momento legendario...

**«El espacio iba
a dejar de ser el
que era».**

Nueve

Los recuerdos son la llave no del pasado, sino del futuro.

Corrie Ten Boom

El comienzo de todo

Verano de 1946. Recién se apagaban los terroríficos sonidos y silencios de una devastadora y sangrienta guerra mundial. Berlín había sido dividida en cuatro zonas gobernadas por las fuerzas aliadas, mientras Estados Unidos jugaba a meter miedo tirando bombas atómicas en el atolón Bikini en el contexto internacional de la Guerra Fría. Ajenos a todo eso, o no tanto, los Hermanos Marx se pegaban una extraordinaria noche de juerga en Casablanca.

Eran años de realidad en blanco y negro, años de hambre, odio, reconstrucción y miseria.

España vivía uno de los momentos más tristes de su reciente historia. La terrible hambruna que assolaba el país era administrada mediante cartillas de racionamiento. Nada parecía poder frenar enfermedades como la tuberculosis o la neumonía. Alimentos básicos como pan, aceite, azúcar y arroz solo podían conseguirse a precios desorbitados en el mercado negro a través de unos pocos estraperlistas que amasaban grandes fortunas a costa de la desgracia ajena.

Aún continuaba la represión de los vencidos en la sangrienta Guerra Civil española, cuyos estragos permanecían muy vivos en la

En ese contexto, y con la ayuda providencial de una partera, el 5 de agosto de 1946 nació Carlos González Pintado en la pequeña portería ubicada en el número 23 de la calle del Divino Pastor. Por allí solían pasar vendedores ambulantes montados en viejas bicicletas que ofrecían pan, leche, etc., así como aguadores que servían un vaso de agua fresca por diez céntimos. Sin olvidar a los populares afiladores que, a cambio de algo de comida, también tapaban los agujeros de cazuelas y ollas de latón, hojalata y hierro. En aquella pequeña calle aún subsistían antiguos negocios, como Casa Crespo, donde se vendían alpargatas de cáñamo y esparto desde 1863.



Afilador y castañera. Madrid, 1952.

Carlos fue el mayor de tres hermanos que dieron sus primeros pasos en pleno barrio de Universidad. Nada hacía presagiar, en aquellos años de extrema pobreza y miseria, la vocación científica de aquel niño tímido que se asomaba a la vida con ojos curiosos. Sin embargo, llamaba la atención su precocidad para aprender a leer y su habilidad innata en todo lo relacionado con los números, incluso antes de asistir al parvulario.

El trabajo de don Florentino y doña Emilia en la portería conllevaba residir en una pequeña vivienda habilitada en el sótano del edificio, junto al cuarto de calderas. La conocida como «casa del portero» tenía un pequeño salón donde dormía el matrimonio asturiano tras unas cortinas de lana con motivos florales. El único dormitorio era compartido en literas por Carlos y sus hermanos pequeños mellizos, José Manuel y Florentino, nacidos en diciembre de 1951. La pequeña cocina y un diminuto cuarto de baño completaban el reducido espacio de apenas 55 m².

Al poco tiempo de su llegada a Madrid, don Florentino había conseguido una plaza de agente de la policía local, así que cuando se iba a trabajar por las mañanas eran doña Emilia, y en su defecto el primogénito Carlos, los que se ocupaban de las múltiples tareas de la portería.

La exigente dedicación del matrimonio asturiano al trabajo y al cuidado de los mellizos recién nacidos propició que Carlos tuviera que asumir responsabilidades hoy impensables para un chaval de cinco años. Entre ellas se encontraban las visitas al doctor De la Rosa, que en aquellos años pasaba consulta en un ambulatorio del que el pequeño únicamente sabía que se encontraba a cuatro estaciones de metro de la portería-vivienda. A tan temprana edad, acudía él solito al médico y, como no tenía dinero para el billete, se colaba en el metro sin pagar mediante una treta ingeniosa: se servía de su corta estatura para pasar disimuladamente y sin necesidad de agacharse justo por debajo de la altura de la taquilla, quedando fuera del alcan-

ce de la vista de los taquilleros. El niño realizaba la pícaro maniobra con tal naturalidad y rapidez que pasaba inadvertida a todo el mundo.

En ausencia de doña Emilia, Carlos se levantaba a las seis y media, al mismo tiempo que su padre, y se ocupaba de las labores de la portería hasta que don Florentino volvía a mediodía para hacer la comida. La temprana asunción de responsabilidades por parte del primogénito de la familia le hizo madurar precozmente.

El colegio Pizarro

15 de septiembre de 1952. Aquel primer día de colegio doña Emilia miraba con orgullo a su pequeño Carlos, que en ese momento se restregaba los ojos, aún soñoliento por el madrugón. Sentado en la silla de enea de la cocina, donde le quedaban colgando los pies, mojaba en un tazón de leche una rebanada de pan untada con mantequilla casera que había enviado la abuela desde Asturias. Sus immaculados pantalones cortos y su peinado con raya perfecta a la izquierda le daban un aspecto inmejorable.

«Nada hacía presagiar, en aquellos años de extrema pobreza y miseria, la vocación científica de aquel niño tímido...».

El pequeño se despidió de su madre con un beso y agarró con fuerza la mano de don Florentino para adentrarse por las calles del barrio. Tras una media hora andando, contempló por primera vez las puertas del colegio Pizarro, adonde asistiría los siguientes años para preparar el examen de ingreso al Bachiller Elemental.

Esa misma mañana, antes de salir, el padre le había advertido de que debía aprenderse el camino hasta el centro escolar, ya que solo le acompañaría ese día. El regreso a casa, que estaba bastante lejos, corría por cuen-

ta del avisado niño de tan solo seis años. Así que, acostumbrado como estaba a desenvolverse por el intrincado callejero madrileño, memorizó el recorrido fotográficamente para hacer el camino de vuelta él solo.

El colegio Pizarro ocupaba dos plantas completas de un edificio de siete alturas. En cada planta se habían unido las dos viviendas existentes y las habitaciones se habían modificado estructuralmente para convertirlas en aulas. No había patio ni zona de juegos, lo que obligaba a que los alumnos pasaran los tiempos de recreo en la calle o en las propias aulas, dependiendo del frío del invierno madrileño.

Carlos fue un muchacho producto de la época de posguerra que le había tocado vivir. En poco tiempo formó parte de un grupo de amigos con los que jugaba al fútbol al salir de clase en la plaza del Dos de Mayo, o paseaban por las calles aledañas a las glorietas de San Bernardo, Quevedo o Bilbao. Si bien la calle era el único espacio donde los niños de familia pobre podían dar rienda suelta a su fogosidad infantil, también había algunos otros lugares excepcionales para el juego, como los cercanos refugios de la Guerra Civil, o los fortines del parque del Oeste, que durante la contienda había llegado a ser uno de los campos de batalla más sangrientos.



Madrid. Calle San Bernardo, principio de los años cincuenta; escenario de juegos durante la infancia de nuestro protagonista.

A partir de los siete años, Carlos se juntaba con los chavales más pobres del barrio para recorrer Madrid los domingos por la tarde anunciando a voz en grito: «¡¡Ha salido la *Goleada*, la *Goleada*, con el resultado completo de los partidos!!, ¡¡compre la *Goleada*!!». La *Goleada* era una cuartilla de papel con los resultados impresos de los partidos de fútbol jugados durante el fin de semana y solían comprarla quienes no habían podido informarse a través de la radio para comprobar su quiniela. En un principio, la *Goleada* costaba 75 céntimos y Carlos recibía 10 céntimos por cada ejemplar vendido. Más tarde, el precio subió a 90 céntimos, lo que propició que casi todo el mundo dejara la peseta. Al llegar a casa por la noche, el niño, agotado, entregaba orgullosamente a sus padres todo el dinero ganado para contribuir a la maltrecha economía familiar.

Ya en aquel entonces el pequeño Carlos estaba fascinado por los tebeos de la época. Con las manos en los bolsillos e hipnotizado por la visión de las fantásticas portadas a todo color de las últimas ediciones de *Roberto Alcázar y Pedrín*, *El Capitán Trueno*, *Hazañas bélicas* o *El mundo futuro*, permanecía durante largo tiempo mirando los expositores de los kioscos de prensa, dejando volar su imaginación sobre las aventuras extraordinarias que seguramente aguardaban a los afortunados lectores de aquellas historietas. Pero los 75 céntimos que costaban esos tesoros gráficos quedaban muy lejos de su alcance.

La suerte vino al rescate del niño frustrado. En el primer piso del edificio en el que trabajaban los padres de Carlos vivía una familia adinerada con un hijo de nueve años. La sirvienta de aquella casa, conocedora de los anhelos lectores del hijo mayor de los porteros, empezó a bajarle a escondidas los tebeos que ya habían sido leídos por el señorito Antonio. De esa manera providencial, Carlos tuvo acceso a aquel fascinante mundo lleno de héroes que se jugaban la vida por la humanidad, algunos de ellos en aventuras vividas en remotos lugares de la Tierra o en planetas como Venus, Júpiter, Plutón o Marte, y que encendían la imaginación de aquel pequeño lector.

Desde el fondo de su alma, Carlos agradecía la complicidad de aquel ángel disfrazado de criada con esas joyas de papel bajo el brazo. Esos momentos de disfrute le dejarían una huella indeleble para el resto de su vida y un eterno amor por la lectura como puerta de acceso a mundos desconocidos.

El escaso tráfico rodado que había en el Madrid de los cincuenta les permitía a los niños pasar la mayor parte del tiempo jugando en la calle. Solo muy de vez en cuando algún coche, o los frecuentes carros tirados por mulas, interrumpían los habituales juegos callejeros, que consistían principalmente en competiciones con peonzas de madera o con canicas de barro. Las de cristal eran para los hijos de familias pudientes.

Carlos no era un estudiante «de hincar codos», pero a pesar de ello destacaba en asignaturas como Geometría o Aritmética, y sobresalía especialmente en las complejas operaciones con quebrados, que suponían una auténtica tortura para la mayoría de sus compañeros.

Compartía la superioridad en «asuntos matemáticos» con un compañero de clase que vivía muy cerca del colegio, así que hacían los deberes y estudiaban juntos en el comedor de su casa, mientras en la cocina se escuchaba la enorme radio a válvulas transmitiendo las interminables radionovelas de la época, algunas de hasta quinientos capítulos de una hora.

Todos los seriales radiofónicos incluían un alto contenido propagandístico del régimen, pero de alguna manera permitían a los desesperanzados españoles evadirse de la dureza de la vida en la posguerra. En ausencia de televisión, cuyas primeras emisiones no comenzaron hasta finales del año 1956, aquella generación se entretenía con las voces de las grandes estrellas de la radio, como Bobby Deglané, Matías Prats o Sautier Casaseca, y con los primeros éxitos musicales de Antonio Machín, Luis Mariano, Lola Flores o el trío Los Panchos.

Los radioyentes se quedaban pegados a sus monumentales receptores para matar el tiempo escuchando programas de entretenimien-

to como *Cabalgata fin de semana*, *Carrusel deportivo* o las corridas de toros. La radio era la reina del ocio incluso los domingos por la tarde, en los que se escuchaban las hazañas de famosos futbolistas de la talla de Kubala y Di Stéfano.

Carlos también hizo buenas migas con otro alumno del que le atrajo su gran simpatía, y que tenía además la ventaja de que sus padres eran propietarios de una churrería en el barrio. Así que, al finalizar la jornada escolar, algunas tardes iban a casa del siempre alegre compañero para zamparse los churros y porras que habían sobrado ese día.

Con tan solo siete años y sin compañía alguna, Carlos acostumbraba a hacer excursiones en verano a la piscina del Parque Sindical, enorme complejo deportivo que inauguró Franco en los años cincuenta. Para llegar hasta allí, salían desde Moncloa unos autobuses, conocidos popularmente como «las camionetas», en los que todo el mundo iba de pie y apretujado como sardinas en lata.

Resultaba tan extraño ver a un niño de esa edad solo en la taquilla del Parque que más de una vez sonó el teléfono en la portería...

—¿Dígame? —entonaba doña Emilia con inconfundible acento asturiano.

—¿Es casa de los señores González Pintado?

—Sí, dígame.

—A ver, un momento... ¿cómo era tu nombre, chaval? Vale. Mire usted, señora, llamo desde la taquilla de la piscina del Parque Sindical. Tenemos aquí un niño que dice llamarse Carlos y que es hijo suyo. Nos ha pedido una entrada infantil y no sabemos si tiene permiso de los padres para venir solo.

—Sí, no hay problema, ya ha ido varias veces.

—Pero es que dice que tiene siete años y...

—No pasa nada, no se preocupe, señor, mi Carlitos es muy responsable y sensato, le puede usted dar la entrada.

—Como usted diga, señora. Pasa, mozalbeta, pero ten cuidado de dónde te metes, ¿eh?



Piscinas del Parque Sindical en Madrid. Años cincuenta.

Las gigantescas piscinas del Parque Sindical estaban habitualmente abarrotadas. No tardaron en convertirse en una de las pocas formas que tenía la gente con escasos recursos económicos de poder escapar de la rutina y del sofocante calor veraniego. A la hora de la comida, las familias extendían sobre las mesas —previamente alquiladas— los platos y las bebidas que portaban en sus pesadísimas neveras de chapa. Mientras tanto, Carlos se comía un bocadillo a la sombra de la zona arbolada que rodeaba la piscina. En algunas ocasiones se acercaba a cazar ranas al río Manzanares, o se ganaba unas perras gordas colocando bolos para los jugadores en alguna de las boleras americanas al aire libre que había en el Parque.

En una de esas incursiones por el gran Parque, vio una pequeña pista de patinaje sobre ruedas. Carlos recordó que tenía unos patines de segunda mano que una de las vecinas del edificio le había regalado por Reyes. Ese fue el punto de partida de la afición a un deporte que tan buenos momentos le daría en el futuro.